

## DE “COMPARTIR LA MISIÓN” A “VIVIR EL CARISMA” EN FAMILIA

*Hno. Antonio Botana  
Distrito ARLEP*

### RESUMEN

En este artículo se debate sobre la necesidad de que el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas avance en su reflexión más allá de la idea de compartir el carisma con los Laicos, a partir de algunas preguntas que giran en torno a los puntos de partida, presupuestos y horizontes eclesiológicos, para poner la mirada en el fortalecimiento de una familia carismática lasaliana con características propias, como lugar para crecer en identidad y para desarrollar la misión.

**Palabras-clave:** asociación, familia carismática, identidad, misión, comunión, hermano.

### 1. Compartir la misión desde un carisma

Hace poco más de veinte años comenzó a difundirse en el ambiente lasaliano esta expresión: *misión compartida*. Hoy es ya una expresión de dominio eclesial. Ha sido mucho más reciente y menos aceptada esta otra expresión: “*compartir el carisma*”. Ambas expresiones se iluminan mutuamente y, de hecho, son inseparables. Pero ha sido la conciencia de “compartir la misión” lo que ha despertado en nosotros la necesidad de... *transmitir*, o más bien *compartir* el carisma, porque sin éste, que es el espíritu de la misión, sólo quedaba la tarea.

Al hablar de “misión compartida” frecuentemente nos ha pasado que la realidad a que nos referíamos era simplemente una tarea compartida, aunque esa tarea fuese la educación, o incluso la educación cristiana. Ha sido aún más frecuente que el compartir se limitara al interior de las paredes de una escuela, sin que resultase alcanzada la comunidad religiosa, o sin que la responsabilidad de los que compartían la misión se sintiese aludida por las llamadas procedentes de la misión más allá de esa obra educativa.

Muchos de los caminos de *misión compartida* elegidos en los últimos años por las congregaciones dedicadas a la educación han sido caminos fáciles, caminos cortos, por eso han sido también de resultados cortos. No han tenido en cuenta que la misión compartida auténtica incluye el *compartir el carisma*. En este tipo de caminos es donde se inscriben preguntas como ésta: “¿Y qué pasa con los educadores de la segunda generación, los que ya no han conocido en la escuela a los religiosos/as?”. Esta es la señal de que lo que se ha hecho ha sido “traspasar” o “entregar”, o tal vez incluso “transmitir”, pero no se ha entrado realmente en el “compartir”. Se traspasa una escuela, se transmiten unas ideas, una historia, incluso unos sentimientos. Pero un espíritu sólo se puede *compartir*. El espíritu a que nos referimos, *el carisma*, sólo el Espíritu (la Persona divina) puede concederlo. A nosotros nos toca compartirlo, porque este carisma se vive en la comunión y no existe al margen de la comunión.

Si las obras educativas lasalianas han podido mantener un espíritu durante mucho tiempo, es porque estaban integradas en una red de relaciones donde se compartía este espíritu. Cuando una obra educativa o, más exactamente, sus educadores dejan de pertenecer a esa red de relaciones que comparte el espíritu, también el espíritu desaparece, aunque esta generación que ha estado en

contacto con la “red” sea capaz de mantener una serie de reflejos, un estilo, unos criterios, unas motivaciones... Todo ello se esfuma rápidamente sin la sangre o espíritu que procede de la red carismática. A esta red de relaciones que comparten el mismo carisma en la Iglesia-Comunión la llamamos hoy “*familia carismática*”.

La “misión compartida” que no llega a crear *familia* es una misión frustrada. Esa “segunda generación” de educadores que entra en una escuela y no encuentra la familia que asegura el espíritu o la sangre carismática de esa escuela, es una generación que asiste al cierre de la escuela, al menos en cuanto “escuela portadora de un carisma”.

Tendremos, pues, que preguntarnos por los caminos que estamos siguiendo: de dónde vienen y a dónde conducen, de qué presupuestos partimos y hacia qué horizonte nos dirigimos. Los caminos contienen las opciones que, consciente o inconscientemente, hemos hecho, y señalan las metas a las que, en principio, podemos llegar. Lo que sí es evidente es que no podemos aspirar a unas metas que no estén contempladas por los caminos que hemos elegido.

## 2. Un camino de necesidades y opciones

Nuestro camino se va haciendo entre las necesidades que nos empujan y las opciones que nosotros mismos tomamos. Cuando las necesidades externas son el único estímulo para avanzar, el camino se hace sospechoso. Es innegable que, en el contexto sociológico, la transmisión de los carismas fundacionales hacia los seculares va sospechosamente unida al envejecimiento y escasez de vocaciones de las instituciones religiosas correspondientes, al menos en los países europeos y otros del mundo económicamente desarrollado. ¿No será una simple forma de compensar la falta de religiosos en las obras propias de la institución? Así piensan algunos, y la sospecha queda confirmada cuando la “misión compartida” se reduce a una simple participación en tareas y entrega de puestos de responsabilidad.

Pero también es cierto que la necesidad de recurrir a los seculares para sostener las obras ha obligado a las congregaciones religiosas a plantearse la posibilidad de formar a aquéllos en el espíritu o carisma de la institución, ante el riesgo de que las obras que animaban perdieran su razón de ser por quedar desposeídas del carisma. Y cuando han comenzado a hacerlo se han encontrado con la evidencia de que los seculares, una vez formados y motivados, pueden vivir el carisma fundacional y mantenerlo vivo en las obras correspondientes.

Es entonces cuando el camino empieza a hacerse con opciones fiables, porque proceden de criterios que no son circunstanciales; se basan en una realidad más profunda, menos sensible, la que corresponde a la Iglesia-Comunión. Estas opciones no son “re-activas”, para intentar conservar o prolongar un pasado, sea como sea; sino “pro-activas”, pues apuntan a un horizonte nuevo y positivo, hacia el cual debemos dirigirnos con decisión.

Resumamos así estos criterios que nos ayudan a hacer camino:

1º Cuando nos esforzamos por transmitir o compartir el carisma ponemos la misión en el contexto de la comunión, o más exactamente, en el “misterio de comunión” que define la esencia misma de la Iglesia, y entramos en una dinámica de comunión que alcanza a todos los que participan en la misión.

2º Si compartimos el carisma entramos en la espiritualidad que descubre el sentido de la misión educativa y participamos también en el ministerio eclesial al que se refiere el carisma.

3º La misión que compartimos desde el carisma es la misión de la Iglesia, la única misión que existe en la Iglesia y que todos los miembros de la Iglesia comparten. Es la obra de la evangelización en toda su amplitud, que mira a liberar y salvar a la persona humana considerada en todas sus facetas.

4º El carisma que compartimos para el servicio de la misión es el don del Espíritu. El Espíritu es el auténtico protagonista de la misión de la Iglesia. Él es el Don que ha sido dado a la Iglesia para su misión, y que se manifiesta en los diversos carismas, pequeños y grandes. Al mismo tiempo es el Ser libre por excelencia, es como el viento: sopla donde quiere, no se detiene ante las fronteras de la Iglesia institucional sino que las empuja para que la Iglesia se alargue hacia la amplitud del Reino de Dios.

### 3. El horizonte se aclara al avanzar

En la medida en que estos criterios iban dictando nuestras opciones, la “misión compartida” iba ampliando su horizonte, de esta forma:

- En la versión más reducida se limitaba la “misión compartida” a la participación de tareas dentro de la obra educativa (o a la “entrega de llaves” y de funciones a causa del envejecimiento o desaparición del personal religioso de la escuela). De ahí se pasa a “compartir la misión del Instituto”, donde se da por supuesto que los seculares vienen básicamente a colaborar en esta misión que “es del Instituto”, o sea, de los Hermanos. El Instituto sigue siendo el garante de la misión, y por consiguiente los Hermanos siguen siendo los últimos responsables de los fines perseguidos en la obra educativa. Se ceden responsabilidades a los seculares, siempre en dependencia de los religiosos, y se les asocia “con el Instituto” a aquellos que quieren participar en “el espíritu del Instituto”...

- En una etapa más avanzada, la misión que se comparte es “la misión de la Iglesia”, la única misión, en la que tanto los Hermanos como los cristianos seculares son llamados a colaborar juntos, al mismo nivel, sin precedencias de unos sobre otros. Cada uno aporta su propio carisma personal, su modo de vivir la vida cristiana.

- Finalmente, la misión rompe las fronteras de la Iglesia y se convierte en “la misión del Reino de Dios”, en la que participan y son invitados a participar todos los creyentes de otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Son muchos los valores y los objetivos en los que se puede coincidir, entre unos y otros, respecto de la realización de la persona y de la sociedad.

De forma paralela, la “transmisión del carisma” ha ido enriqueciendo su significado. Podemos distinguir estas etapas sucesivas:

- En un primer momento se comparte con los seculares algunos aspectos de la espiritualidad del Instituto, quizás aquellos que podrían ayudar al mejor cumplimiento de las tareas de la misión. Y se aportan aspectos anecdóticos o ejemplares de la vida del Fundador.

- Luego se habla de que los seculares vienen a participar en “el espíritu del Instituto”. Es una expresión un tanto misteriosa, pero que tiene, sin duda, un carácter más global que el anterior. Claro que el Instituto continúa ocupando el centro, y la vida de los Hermanos no resulta especialmente afectada por la llegada de los seculares, pero algunos Hermanos acompañan a los seculares en la adquisición del espíritu del Instituto. A este nivel los seculares

descubren ya que el Fundador del Instituto es también su Fundador porque les muestra un modo especial de ver la vida y de vivir la misión. Y es esta experiencia la que nos empuja al paso siguiente.

- *Carismas de la Iglesia*. El salto más decisivo en la evolución, no el último, se produce cuando comenzamos a asumir que el carisma del Instituto, como *carisma fundacional*, pertenece a la Iglesia. El paso es difícil: tiene que separarse el concepto “carisma fundacional” del concepto “proyecto de vida religiosa”, y esto no siempre está claro. Pero empezamos a reconocer el carisma fundacional como un “camino para vivir el evangelio”, o “un modo global de vivir el Bautismo”, que se puede concretar en diferentes formas de vida cristiana.

En este nivel de comprensión descubrimos el carisma fundacional como *lugar de encuentro* de religiosos y seculares, como convocatoria para vivir la comunión para la misión desde diferentes identidades cristianas. Así es como comienza el nuevo modelo de “familia carismática” acorde con la Iglesia-comunión, entendida como “comunión de comunidades”. Los seculares cristianos descubren el carisma lasaliano como una identidad espiritual, no superpuesta a su identidad cristiana, sino como una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los bautizados.

La novedad no es sólo para los seculares sino también para los Hermanos, al menos en parte, pues esta dinámica les lleva a descubrir el carisma con una visión más global de la que solía hacerse, como su manera de ser cristianos. Esta visión les facilita la coincidencia con los seculares que llegan a vivir ese mismo carisma. Pero también lo descubren como su manera peculiar de ser consagrados, lo cual les da la clave necesaria para situarse en la Iglesia de hoy y en la Familia Lasaliana con pleno sentido de su propio valor y con un papel fundamental para desarrollar en ella.

- *Carismas para el Reino*. Estamos empezando a vislumbrar el paso siguiente, aunque en la práctica se está viviendo ya en no pocos sitios. Se da cuando comprendemos que, si el Espíritu no se queda encerrado en las fronteras institucionales de la Iglesia, tampoco sus carismas. Los carismas fundacionales, entre ellos el carisma lasaliano, aspiran a servir a todo el Reino de Dios. Son, efectivamente, “caminos de Evangelio”, y el Evangelio se expande también en las “*semina Verbi*” o “semillas de la Palabra” (Vaticano II, *Ad gentes* 11.2; 15.1) que están presentes en todas las culturas y religiones, y conecta con muchas expresiones humanas y religiosas más allá de la Iglesia Católica y de las Iglesias cristianas. Creyentes de otras religiones se sienten llamados a participar en la misión salvadora, al lado de los cristianos (religiosos y seculares), como transmisores del amor y la misericordia de Dios, y se refieren al Fundador como maestro y guía que les descubre el sentido profundo de las tareas humanas que realizan.

Desde esta experiencia la Familia Lasaliana comienza su apertura para incluir a personas de otras religiones (incluidas no-cristianas) que se reconocen convocadas en ese mismo carisma que ellas identifican con el Fundador, y porque es para ellas un camino para vivir más a fondo su propia religión y su compromiso con la humanidad.

## 4. Y ya en FAMILIA: un lugar para crecer en la identidad y desarrollar la comunión.

### 4.1 Los dos vectores del dinamismo carismático

Las familias carismáticas se cuentan entre los frutos más representativos del nuevo ecosistema Iglesia-Comunión. Son los conjuntos formados por instituciones y grupos de creyentes unidos por un mismo carisma fundacional, o una misma “raíz carismática”, pero con formas de vida diferentes y con diversas acentuaciones del mismo carisma.

La definición que acabamos de dar tiene su punto de apoyo o eje central en esta expresión: “*unidos por un mismo carisma fundacional*”. Lo cual no puede reducirse a “una marca” con la que se les identifica exteriormente; ni siquiera “un lazo” que mantiene los grupos unidos. Es, más bien, un *dinamismo* que circula entre los componentes del conjunto. Es un espíritu, o mejor aún, el soplo del Espíritu. La vida de la familia, su capacidad de regeneración, su futuro, dependen de la fluidez con que ese “soplo” circule entre los miembros de la familia, y no del número de estos. El dinamismo que el carisma fundacional promueve en el interior de la familia es el que da lugar a las distintas identidades y, simultáneamente, a la comunión entre ellas. Intentaremos aproximarnos a su misterio sirviéndonos de una analogía que tomamos prestada del campo de la física.

El carisma fundacional, como expresión del Espíritu, es un dinamismo múltiple, una fuerza que se despliega a través de dos *vectores* que provocan dos planos o campos de fuerza, horizontal y vertical; la combinación de los dos planos produce el espacio o “volumen carismático”:

- En el plano horizontal se desarrolla el “*vector comunión*”: es la fuerza del carisma que reúne a las personas beneficiadas por el mismo carisma, las hace solidarias y promueve entre ellas la comunión para la misión eclesial.
- En el plano vertical se desarrolla el “*vector profético*”: es la fuerza del carisma que impulsa al compromiso por el Reino, que atrae hacia los valores más radicales del Evangelio.

Ninguno de los dos *vectores* se desarrolla con independencia del otro. Se necesitan mutuamente, se complementan y se reclaman el uno al otro. Pero también es cierto que, en la práctica, el carisma fundacional puede adoptar uno de los planos, con olvido o reducción del otro, perdiendo o disminuyendo, por consiguiente, su espacio o “*volumen carismático*”. Esto es posible porque, al fin y al cabo, el desarrollo de los carismas está sometido en gran parte a la voluntad humana, a las circunstancias históricas, al modelo eclesial vigente... De esto saben mucho los fundadores y fundadoras, que cuando han intentado desarrollar el carisma según les iluminaba el Espíritu se han encontrado con el rechazo social o la incompreensión de los representantes eclesiales.

Lo que sí es cierto es que un carisma fundacional no habrá alcanzado su plena potencialidad mientras no esté desarrollándose armónicamente en los dos campos de fuerza señalados por ambos *vectores*. Veamos lo que esto significa hoy para nosotros, los frutos a que da lugar el desarrollo de cada uno de esos dos *vectores*, en la medida en que es ayudado subsidiariamente del otro.

### 4.2 La relación entre comunión y profecía

En la historia de una gran mayoría de las familias carismáticas actuales, como así es el caso de la Familia Lasaliana, cuando sus carismas fundacionales comenzaron a desarrollarse en la Iglesia, ésta no se caracterizaba precisamente por la comunión de todos sus miembros, ni por la misión única y compartida, ni por la común dignidad, ni por la común llamada a la santidad... En esa situación, el carisma desplegaba su *vector profético* promoviendo la sensibilidad ante ciertas necesidades del

Reino y la encarnación de ciertos valores evangélicos, pero sólo en una línea: la vida consagrada en el celibato. El *vector comunión* quedaba encerrado en los límites de la institución de consagrados, sin llegar a comprometer a fieles desde otros estados de vida. En la práctica, el carisma fundacional se funde y confunde con el proyecto original de vida consagrada.

Es, pues, el desarrollo del “*vector profético*” el que ha dado lugar a la existencia de las congregaciones religiosas y sociedades de vida consagrada. El carisma tomaba cuerpo en la Iglesia y aseguraba su pervivencia en el tiempo a través de las formas de vida consagrada, la cual, por constituirse de comunidades *intencionales* y por su propia institucionalización en la Iglesia, ofrece las mejores condiciones para garantizar la continuidad de un carisma. El modelo de Iglesia vigente en el momento de comenzar a desarrollarse el carisma no facilitó, y en muchos casos obstaculizó, el que la dimensión profética creciera en armonía con la dimensión de comunión, y el carisma pudiera expansionarse en la Iglesia a través de diversos proyectos de vida.

El modelo de Iglesia-Comunión, recuperado por el Concilio Vaticano II, facilita enormemente que los carismas fundacionales puedan desarrollarse en el plano de la comunión y lleguen a creyentes muy variados; el fruto correspondiente son las nuevas familias carismáticas.

Urgidos por las necesidades del Reino que pone de manifiesto el carisma y atraídos por los valores del Evangelio que realza el carisma, muchos creyentes se sienten convocados para integrarse en la misma familia. El carisma fundacional crea ese *campo de fuerza* dentro del cual se tejen las relaciones entre los miembros de la familia que poco a poco se va formando, y entre los grupos que la componen.

Y la familia carismática se descubre también *familia evangélica* gracias a ese vector profético del carisma que la empuja a ser signo para la Iglesia y la sociedad de *un rostro del Evangelio* que subraya de manera armónica determinadas actitudes de Jesús, determinados valores del Reino, una forma de mediación de la salvación de Dios... La Familia Lasaliana es portadora de la *Buena Nueva*, el *Evangelio* de la preocupación de Dios por los más jóvenes y los más pobres, el deseo que Dios tiene de que ellos puedan realizarse, *salvarse* plenamente en la vida y alcanzar su maduración como personas. El carisma lasaliano convierte a esta Familia en *mediadora* de la salvación de Dios para los niños y jóvenes, especialmente los pobres: “*El los mira con lástima y cuida de ellos como quien es su protector, su apoyo y su padre; pero se descarga en vosotros de ese cuidado. El bondadoso Dios los pone en vuestras manos, y toma sobre Sí el otorgarles cuanto le pidáis por ellos...*” (MD 37,3). Esta dimensión evangélica de la Familia Lasaliana no se opone, en manera alguna, a la inclusión de creyentes de otras religiones diferentes a la cristiana, en la medida en que *también ellos se hacen mediadores* de la salvación del Dios amor para los niños y jóvenes.

Cada miembro de la familia carismática asume ese *rostro del Evangelio* característico de su familia, como el icono particular que da sentido a su vida, orienta sus esfuerzos en la *configuración con Cristo*, en el caso de los creyentes cristianos, e inspira su *proyecto existencial*. Igualmente, cada grupo o comunidad perteneciente a la familia tiene su fundamento y motivación en el mismo rostro evangélico, que intenta acoger como un don y ser su reflejo para la sociedad. Ese era el papel que antes estaba prácticamente reservado al grupo consagrado.

El *vector profético* entra así en juego y se conjuga con el *vector comunión*. Sin el dinamismo que aquél aporta a éste, el resultado puede ser una familia carismática “plana”, con variedad de proyectos, sí, pero cada uno de ellos perfectamente prescindible porque no tiene ninguna riqueza especial que ofrecer al conjunto y, en definitiva, a la misión que justifica la existencia de esta familia en la Iglesia. Este es un riesgo que conviene tener bajo vigilancia, pues el afán por promover

la familia carismática puede llevar consigo el olvido de la dimensión profética, que es fuente de vida y crecimiento para la familia.

El *vector profético* suscita especialmente signos comunitarios, signos institucionales que llaman fuertemente la atención y tiran del conjunto a favor de valores fundamentales de la misión. La vida consagrada es, sin duda, uno de esos signos proféticos. Las comunidades de seculares o mixtas que han optado por un proyecto comunitario exigente de vida compartida, son otros de esos signos proféticos. Los proyectos de misión a favor de gente especialmente necesitada o que exigen una especial disponibilidad y gratuidad, son también signos proféticos que dan vida a la familia carismática.

Y es aquí donde el *vector profético* del carisma marca la diferencia. Es la llamada a vivir con más radicalidad y de modo significativo *la comunión para la misión*. Esta llamada profética, que tradicionalmente se relacionaba con la vida consagrada, se recibe también en otras formas estables de vida y puede ser respondida en nuevas estructuras de comunión que la familia carismática hace posibles. La diferenciación, que siempre es riqueza, ya no viene por la separación de lugares y funciones (más “pastorales” o más “profanas”, más “eclesiales” o más “sociales y mundanas”), pues de todos ellos se hace cargo la familia evangélica, sino por la aportación que cada uno hace desde su modo de ser discípulo, o, si se prefiere, desde los dones particulares recibidos para la misión.

### 4.3 Un campo de tensiones

La relación de las diversas identidades en el interior de una familia carismática hay que situarla justamente en este contexto o “*campo de tensiones*”, formado por los dos *vectores carismáticos*: comunión y profético.

Impulsados por la *comunión*, construimos un sistema de relaciones basadas en la común llamada carismática a la misión, desde la fuente común del Bautismo para los creyentes cristianos, y del Espíritu que nos llama; un sistema de relaciones que afirma la igual dignidad y la corresponsabilidad de todos en la misión de la familia carismática.

Gracias a la comunión, cada persona que se integra en la familia participa en la identidad colectiva propia de ésta. No se trata, pues, de un sistema de relaciones abstracto, ni simplemente de un ambiente afectuoso. La integración en este grupo supone en la persona la capacidad de decir “nosotros”, desde la actitud de solidaridad y el sentimiento de pertenencia al grupo. Pero supone también la percepción “narrativa” del grupo; es decir: al integrarse en la familia, la persona descubre que se integra también en una historia, o mejor, en una narración que tiene una trama que une los acontecimientos y los encauza en una determinada dirección. La familia carismática tiene una historia viva, un itinerario que continúa desarrollándose en fidelidad creativa al carisma fundacional.

Impulsados por el *vector profético* comenzamos por reconocer y dar valor positivo a los carismas personales, a las diferencias que vienen por aptitudes, capacidades, modos de vida. Pero dentro del conjunto valoramos los signos y promovemos una cultura de valoración de los signos. Es muy importante cultivar la conciencia en todos los miembros de la familia sobre la necesidad de que el *vector profético* se desarrolle ampliamente en ella, de tal forma que todos se sientan responsables de promoverlo, y de implicarse en una pastoral vocacional que invita a asumir proyectos de vida que encarnan especialmente esa dimensión.

El carisma fundacional es, por naturaleza, provocador: crea signos, llama a las personas a ser signos, sobre todo signos comunitarios. Los signos proféticos dan vida a todo el conjunto de la

familia, la mantienen alerta, en tensión, en constante superación. En esta línea, los consagrados/as ofrecen a toda la familia los signos más específicos de su vida consagrada: su entrega gratuita por el Reino, su experiencia de comunión, su testimonio de búsqueda de Dios. Juntamente con las personas consagradas han de surgir testimonios proféticos de seculares: ya sean célibes, ya matrimonios cuyo proyecto personal o de pareja esté fuertemente marcado por el carisma.

Este conjunto de personas y comunidades forman un núcleo que podemos definir como “*corazón, memoria y garantía*” del carisma fundacional en la familia. Sin ese núcleo, que no está reservado a los religiosos, la familia carismática no podrá subsistir. Juega un papel esencial en la comunión generadora de la identidad colectiva de la familia y hace posible que los que se van incorporando a ésta puedan asumir esa identidad colectiva. Pero su efectividad depende también de cómo está inserto este núcleo en las relaciones de comunión con los demás miembros y, sobre todo, de cómo asegura el acompañamiento de los nuevos miembros.

La tensión creada por estos dos *vectores carismáticos*, comunión y profecía, no nos lleva a un fácil entendimiento de armonía tranquila. Pero en la medida en que mantenemos esa tensión en un diálogo fecundo, nos disponemos a realizar el plan de Dios para la humanidad, su misión salvadora, desde la particularidad de nuestro carisma fundacional.

### 5. El “hermano”: figura paradigmática para la Familia Lasaliana

El relato que hoy escribe la Familia Lasaliana, animado por su carisma, se orienta a refundar el proyecto lasaliano en nuestro tiempo, en esta Iglesia y en esta sociedad. Se trata de vivir nuestro carisma en la Iglesia-Comunión y en la sociedad postmoderna, se trata de recuperar las raíces, los fundamentos que tienen su origen en Juan Bautista de La Salle, y desarrollarlos hoy en una situación social y en una Iglesia, muy diferentes de las que encontró el Fundador.

Y para no equivocar el camino, para no componer un relato ajeno a este carisma, es importante tener clara la referencia fundamental en que se condensa el carisma, y que no es otra que la figura del “*hermano*”: figura paradigmática en la cual se cruzan y encarnan los dos *vectores* a los que nos hemos referido, comunión y profecía.

Para que no se malinterprete esta afirmación, añado enseguida que la figura carismática lasaliana, “*hermano*”, es la referencia fundamental para refundar hoy el proyecto lasaliano, tanto para los religiosos y religiosas de las instituciones lasalianas como para los seculares y los sacerdotes que participan en la Familia Lasaliana. No estoy, pues, proponiendo a las lasalianos seculares que tomen como referencia a los hermanos religiosos, sino la figura carismática “*hermano*”, que encuentra sus raíces en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, y se desarrolla en tres dimensiones. Cada uno, religioso o religiosa, secolar o sacerdote, pondrá acentos diferentes desde su propia identidad cristiana, acentos que siempre son complementarios. El carisma lasaliano se vivirá “más completo” en la medida en que se viva *complementariamente*, reconociendo las diferencias y aportándolas como riqueza para el conjunto.

- La primera dimensión o eje central del relato consiste en “*ser hermano*”. “*Hermano*”, que es una palabra singular, tiene sin embargo un contenido plural que pertenece a su propia esencia, pues el “*hermano*” sólo lo es en medio de “*los hermanos*”, en el contexto de la fraternidad, nunca en solitario. Ser hermano implica siempre una relación plural.

Tomar en serio el “*ser hermano*” es la primera señal de que se está viviendo el carisma lasaliano. Cuando los lasalianos se juntan para hacer comunidad, lo que hacen es construir una fraternidad, no un grupo piadoso, no un grupo de formación intelectual, ni siquiera un

grupo de acción apostólica. Lo primero es la fraternidad, la comunión, el "ser hermano". Y esa fraternidad se vive, primeramente, como un don ("carisma") que viene de Dios y hace referencia a Él, a su proyecto de alianza con la humanidad. Ese don es el mismo que compartimos en la fraternidad y entregamos en la misión.

- En segundo lugar, la figura del hermano apunta a una pertenencia al Pueblo de Dios en su sentido de "base", no jerárquico. "Hermano" alude a "laico", miembro de base del Pueblo de Dios. "*Y vosotros sois todos hermanos*" (Mt 23,8). La fraternidad lasaliana toma en serio su *laicidad*, su constitución en la base, sin jerarquías previas; los cargos dentro de ella son cargos de animación, que no otorgan más dignidad ni privilegios. Esto no impide que haya sacerdotes en su interior, siempre que asuman esta dimensión laical, fraterna, pues es parte esencial del carisma. El sentimiento de pertenecer a la base actúa como dinamismo, no sólo hacia dentro, sino también hacia fuera de la comunidad: da una sensibilidad especial para sintonizar con todo lo que afecta a la base, de la Iglesia y del pueblo humano, sensibilidad para sufrir con los pequeños del pueblo e ir en su ayuda.

- En tercer lugar, ser "hermano" desde el carisma lasaliano equivale a construir una *fraternidad ministerial*, es decir, una fraternidad para la misión (entendida ésta como una parcela de la misión eclesial), una fraternidad que vive y se alimenta espiritualmente desde la misión, y se encuentra a sí misma como enviada, instrumento de Dios para comunicar el misterio de Dios salvador a los destinatarios de la misión. La fraternidad vivida desde el carisma lasaliano es una fraternidad ministerial: representa ante la Iglesia el ministerio de la educación cristiana desde el carisma lasaliano. El sujeto del ministerio no es un individuo sino la comunidad, en la que se pueden realizar funciones muy diversas, y la comunidad entera se constituye en garantía de la misión que la Iglesia le ha confiado.

### **Para continuar la reflexión**

BOTANA, Antonio : *Compartir carisma y misión con los laicos. La Familia evangélica como horizonte*. Instituto Teológico de Vida Religiosa. Vitoria 2008. Colección FRONTERA nº 62.

DELIZY, Bernadette : *Vers des 'Familles évangéliques'. Le renouveau des relations entre chrétiens et congrégations*. Les Éditions de l'Atelier. Paris 2004.

SICARI, Antonio M.: *Gli antichi carismi nella Chiesa. Per una nuova collocazione*. Jaca Book. Milano 2002.

VARIOS: *Laïques et personnes consacrées : Quel arrimage ? Actes du Colloque 2004*. Québec. Cahiers de Spiritualité Ignacienne, nº 113.